

LA RUTA DEL CARBON

De Oviedo a La Felguera
en el tren minero

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

El tren minero sale a las ocho de la mañana. Es un tren centenario, íntimo y pacífico, una miniatura de tióvivo para que los chicos puedan viajar por rutas imaginarias de las novelas del Far-West. Desde la ventanilla del primer departamento se puede hablar en voz baja con el viajero que se asome al vagón de cola.

El tren minero es, más que nada, un tren literario, de novela de Palacio Valdés, con cierto marchamo isabelino. Por eso cuando se viaja en él le dan a uno ganas de quitarse el gabán, el sombrero y los zapatos y bajar de la rejilla un guardapolvos, un gorro negro bordado y unas zapatillas de paño.

Sólo en este tren puede tenerse el presentimiento de que el señor de bigote que está sentado enfrente de uno pueda sacar, de un momento a otro, del bolso del gabán "La Ilustración Española y Americana".

El andén, el reloj, la campana, la estación y hasta el factor autorizado son recortes de una narración de Manuel Pílares, mitad humorística, mitad real.

En el departamento en que viaja el cronista están sentados dos cabos de la Guardia Civil. Uno es flaco, desgarrado, algo pálido. Lleva el tricordio puesto y fuma un pitillo larguirucho, sin duda por armonía.

El otro cabo, con el mosquetón entre las piernas, va entretenido leyendo una novela. Es corpulento, de buen color y aspecto. Tiene un bigote grande, recortado, una melena abundante.

En el mismo departamento viajan también un señor de bigotes blancos, que no hace más que atusárselos, y una muchacha de esas que se pintan las uñas sólo cuando van a la capital a comprarse unas enaguas.

El otro asiento del departamento va vacío.

El señor de los bigotes blancos no saca del bolsillo "La Ilustración Española y Americana", que presentia-

mos. Se levanta, baja una de esas malletas cubiertas con funda caqui, como las que usan las monjas y los galenos de pueblo, revuelve bien en ella, haciendo muecas, y saca un libro pequeño, que parece un breviario, pero que es algo así como la "Ley de Arrendamientos urbanos".

El señor de los bigotes blancos no tiene maldita la gana de leer. Se ve que lo que está deseando es conversar con alguien.

Sin tener ganas de fumar, por hacer algo por la rutina del vicio solamente, el viajero enciende un pitillo negro.

Al chupar de él la primera vez echa hacia atrás la cabeza. El humo va a estrellarse contra un espejo. El viajero lo sigue con la vista y se da cuenta de que el espejo está sujeto con tornillos, colocado en medio de dos letreros que tienen marco y cristal.

En el de la derecha el viajero lee: "Chocolates Pérez endulzan la vida". Y en el de la izquierda: "¿Quiere usted un traje por un duro? Hágase clubista. Sastrería Rodríguez".

El viejo de los bigotes blancos, sin poder resistir por un momento más sus ganas de hablar, se dirige al viajero:

—Su cara, joven, no me es del todo desconocida.

—No tiene nada de particular.

—¿Viaja usted mucho por este trayecto?

—¡Pche...!

El anciano de los bigotes blancos suspende su interrogatorio para cambiar el tercio.

—Pues, aquí donde me ve usted, llevo medio siglo viajando por este mismo trayecto.

—No está mal.

—Ya lo creo que no. He viajado con hombres famosos. Palacio Valdés, cuando venía de Madrid a pasar la temporada de verano a su pueblo de Laviana, me buscaba por los departamentos...

El anciano de los bigotes blancos toma aliento.

—Don Armando iba con una muñeca grande, así como de un metro de alta. La sentaba a su lado y la hablaba de la hermosura del paisaje.

El tren se para. A la altura de la ventanilla hay un letrero: "Apeadero de Bendición".

En el departamento aparecen dos chicos que no tendrán veinte años entre los dos, y que, por el aspecto, deben de ir a la escuela a Sama de Langreo.

Como no ven más que un asiento, pasan de largo.

El cielo, bajo, con niebla espesa, da al paisaje una belleza melancólica. Las casas blancas, encaramadas en lo alto de los cerros o en medio de parcelas rojizas, verdes, amarillas, se dejan entrever entre la frondosidad de los ro-

bles, los fresnos, los plátanos y los eucaliptos.

De vez en cuando se ve una finca amplia, de un matiz solo, sin parcelas, en la cual hay tres o cuatro vacas de leche, rubias y pacíficas, que apenas se enteran de que el tren pasa cerca de ellas, o que lo miran con desprecio, alzando la cabeza, mientras siguen rumiando el pasto verde y jugoso.

En Carbayín aparece el primer rastro de la cuenca minera. En la estación hay vagonetas cargadas con madera de galería, y, otras, con carbón escogido.

El viajero va a Ciaño Santa Ana, donde tiene cita con seiscientos mineros, a la salida de un turno, en el pozo de "María Luisa".

El próximo artículo se titulará:
EN PLENO AMBIENTE MINERO

31. agosto. 1954